

## JAÉN EN MI RECUERDO

Por *Fernando Chueca Goitia*

**D**E joven viajé mucho por España, pero sobre todo por Castilla, Aragón, el norte y las Vascongadas especialmente; pero tardé más tiempo en acercarme por un lado a Galicia y por otro bajar hacia el sur; algo que me seducía mucho, pero que no llegaba a concretarse en mis planes. Surgió mi llegada al sur cuando don Diego Angulo, Catedrático de Historia del Arte bien conocido y por entonces presidente del Instituto «Diego de Velázquez», me encomendó ir a Málaga para estudiar unas maquetas de la propia catedral malagueña y de un Sagrario o capilla que en un tiempo debió pensarse construir junto a ella.

Esto fue mi primera salida a Andalucía, y tanto me sedujo esta tierra que no tardé en realizar una segunda salida, y ésta especialmente a Jaén. La tierra giennense, y sobre todo algunas de sus ciudades, especialmente la propia capital y luego Úbeda y Baeza, me sedujeron enormemente y repetí mi viaje a esta provincia española medio castellana, medio andaluza, repetidas veces.

Con este motivo, e impresionado por la grandiosa Catedral de Jaén, su sacristía, su sala capitular y otras obras anejas del gran Andrés de Vandelvera, empecé a estudiar a este gran arquitecto del Renacimiento. En Jaén me hospedaba en un pequeño hotel que estaba justo al lado de la catedral, de la que sólo le separaba una pequeña calle por el flanco de la Epístola del templo. Allí, en aquel hotel, trabé amistad con algunas personas y me relacioné también con un compañero mío de Madrid que por entonces estaba encarga-

do del Catastro de Jaén como arquitecto. Se llamaba Jacinto Mangas y era íntimo amigo mío.

Jacinto, a su vez, me abrió bastantes puertas de Jaén.

Pero como digo, de Jaén recibí el gran impacto de su catedral, y mi sorpresa fue máxima cuando pude admirar la Sacristía de dicho templo. De esta sacristía he hablado muchas veces y sobre todo la he dibujado con todo detalle, puesto que para poder tomar las medidas altas de ella, pedí auxilio al Cuerpo de Bomberos giennense. Los bomberos se portaron admirablemente conmigo, me proporcionaron unas escaleras para acceder a las cornisas más elevadas, pero al mismo tiempo me ayudaron ellos con algún oficial y me pusieron un cinturón de seguridad con un eslabón como ellos utilizan en algunos ejercicios arriesgados. Así pude yo medir completamente la espléndida sacristía y dibujarla tal y como ha aparecido en alguno de mis libros y especialmente en el libro de Andrés de Vandelvira, cuya primera edición publicó la Diputación de Jaén y que ahora ha vuelto a ser reeditado en una edición de una editorial privada.

Enamorado, como digo, de la catedral de Jaén, sobre todo en la figura de Andrés de Vandelvira, cuyo relieve y cuya dimensión fue creciendo cada vez más en estimación. Me dediqué también a visitar los magníficos conjuntos de Úbeda y de Baeza, puesto que al escribir un libro sobre Andrés de Vandelvira, no podían faltar las obras en estas dos ciudades llamadas de La Loma y también en otros pueblos menores donde el gran maestro nos dejó muestras de su valer.

Con esto, yo fui conociendo cada vez mejor no sólo la ciudad de Jaén, la capital, sino el campo giennense, las pequeñas ciudades, el ambiente de sus tierras y serranías, y desde luego recuerdo que el paisaje de Jaén fue de las cosas que más me impresionaron.

Yo había tenido la fortuna, siendo estudiante, de participar en el viaje por el Mediterráneo que organizó, en el año 1933, la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, cuyo decano, don Manuel García Morente, fue el alma de aquella expedición, y este viaje, además de proporcionarme la oportunidad de conocer tantos y tantos monumentos insignes de la Historia Universal, lo mismo de Egipto que de Palestina, de Turquía, de Grecia, de Italia y de tantos lugares, me proporcionó también emociones de tipo paisajístico muy considerables. Y cuando años después tuve ocasión de conocer Jaén y su territorio, no se sabe porqué se renovaron aquellas sensaciones que yo había

experimentado en Grecia. No sé si, por ejemplo, el paisaje de Delfos o de Micenas y algunos otros extraordinarios de la vieja Hélade, volvieron a mi recuerdo al viajar por Jaén, debido a una similitud que realmente ahora no sabría definir pero que entonces me llegó a producir una impresión enorme.

Aquellos olivares, aquellos montes abruptos, grandiosos y extremados, aquellas barrancas, aquella geografía tan admirables, me recordaba indiscutiblemente a Grecia. Pero, bueno esto no hace ahora especialmente al caso, pues lo que yo quiero en este momento es recordar al cabo de los años mi vinculación a Jaén. Mi vinculación a muchos hombres de aquella tierra con los que trabé amistad y que me ayudaron también en mis estudios, sobre todo en mi trabajo sobre Andrés de Vandelvira.

José Antonio Bonilla y Mir, don Luis Berges, arquitecto; don Rafael Ortega Sagrista, investigador y erudito, fueron mis compañeros de entonces y a los que yo debo la posibilidad de haber realizado el sueño de ver concretado y publicado mi estudio sobre Vandelvira.

Yo no voy a hablar ahora de la arquitectura de Vandelvira, de sus características, de su grandeza, de su inspiración, de sus modalidades, en el fondo únicas pero también diversas, no voy a hablar de esto porque esto sería más bien propio de un artículo histórico o de un artículo erudito y no de una salutación en un número monográfico del *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses* dedicado al gran consejero que fue don Manuel Caballero Venzalá. No se trata, por lo tanto, de hacer un estudio paralelo de carácter arquitectónico, ni mucho menos; lo que quiero con estas letras o con estas líneas, es demostrar mi adhesión a don Manuel Caballero Venzalá y con él a todas las personas ilustres, sabias, eruditas y disertas que han vivido y viven algunas de ellas todavía en Jaén y que fueron en un momento especialmente amigos míos.

Quiero, más que nada, con estas letras demostrar mi entusiasmo por esa provincia, por sus hombres, por sus monumentos, por su vida, y augurar al Instituto de Estudios Giennenses de la Diputación Provincial de Jaén, la continuidad de su obra cultural, de su obra investigadora y de su obra en suma a favor y en pro de esta noble región española.

Y para terminar, voy a decir simplemente algunas palabras de la ciudad de Jaén en la que he vivido, como digo, horas inolvidables. La ciudad antigua describía una media luna, ciñendo la vertiente del Monte de Santa Cata-

lina, donde se levanta enhiesto y desafiante, el alcázar cristiano que sustituye a la vieja fortaleza musulmana. Esta media luna, alfanje o cimitarra, todavía se distingue clarísimamente de las otras zonas de la ciudad, que vinieron después en sucesivos ensanches. No hay más que observar el plano para darse cuenta de que el trazado musulmán se conserva en esta parte intacto. Si la fortaleza de los moros, el castillo del rey Huim ha desaparecido del todo, en cambio la ciudad mora persiste a través de los siglos transcurridos, las calles oscilan, se quiebran, giran en ángulo recto, forman zig zag, provocan con sus melladuras pequeñas placetas o compases y como tentáculos nacen callejones sin salida que pertenecen o que penetran en el interior de las manzanas. Los conocidos adarves de todas las ciudades musulmanas.

Ver este plano es como ver el Fustat, Fez, Toledo o el Albaicín granadino, todas las ciudades islámicas repiten curiosamente el mismo tejido urbano. Su razón de ser se explica sin dificultad conociendo las formas de vida y la sociedad musulmanas.

Lo hemos expuesto en varias partes de mi bibliografía, lo he dicho también en un breve, modesto librito que se titula «Breve Historia del Urbanismo». Sin duda, lo intrincado del caserío cuando hubo que construirse la alhama mayor, buscando desahogo, se colocaría en una zona periférica a la media luna, hacia el vértice sur. Por eso la actual catedral, construida sobre la mezquita mayor que durante muchos años hizo las veces de catedral, está totalmente excéntrica de la vieja ciudad y por tanto en situación anómala. Luego fueron creciendo unas pueblas o ensanches cristianos y la catedral quedó envuelta y aparentemente céntrica, pero, de hecho, no es así, era excéntrica, como excéntrica en un momento dado fue la aljama de los almohades de Sevilla, donde hoy está la catedral de la gran capital de la Bética.

Un gran monumento tiene la virtud de atraer la vida hacia él como un árbol frondoso atrae al viandante. Esto pasó en Jaén, donde la catedral, siendo tan excéntrica, se ha convertido paradójicamente en el centro de la ciudad, pero queda en pie todavía, aunque degradada y en gran parte olvidada, la vieja ciudad de Jaén en forma de alfanje o cimitarra que rodea, como digo, las alturas del castillo de Santa Catalina.

Y este viejo Jaén nos evoca lo que fue la gran conquista de Sevilla, la gran empresa de Fernando III el Santo cuando dejó al reino taifa de Granada a su flanco izquierdo para él avanzar por el Guadalquivir abajo hasta impugnar la gran ciudad de Sevilla.

Por eso, por el papel que ha jugado también Jaén en la reconquista de Andalucía en todos los aspectos, por sus avanzadas, que eran línea fronteriza con el Islam, cuando todavía estaba en pie el pequeño reino de Granada, por todo ello el papel de Jaén en la historia de España ha sido determinante y único. Lo saben mucho mejor que yo las personas a quienes he citado con anterioridad y a las que sin citar se que constituyen el cuerpo docto y erudito de este Instituto de Estudios Giennenses a quien yo debo gratitud por una parte y recuerdos inestimables por otra.